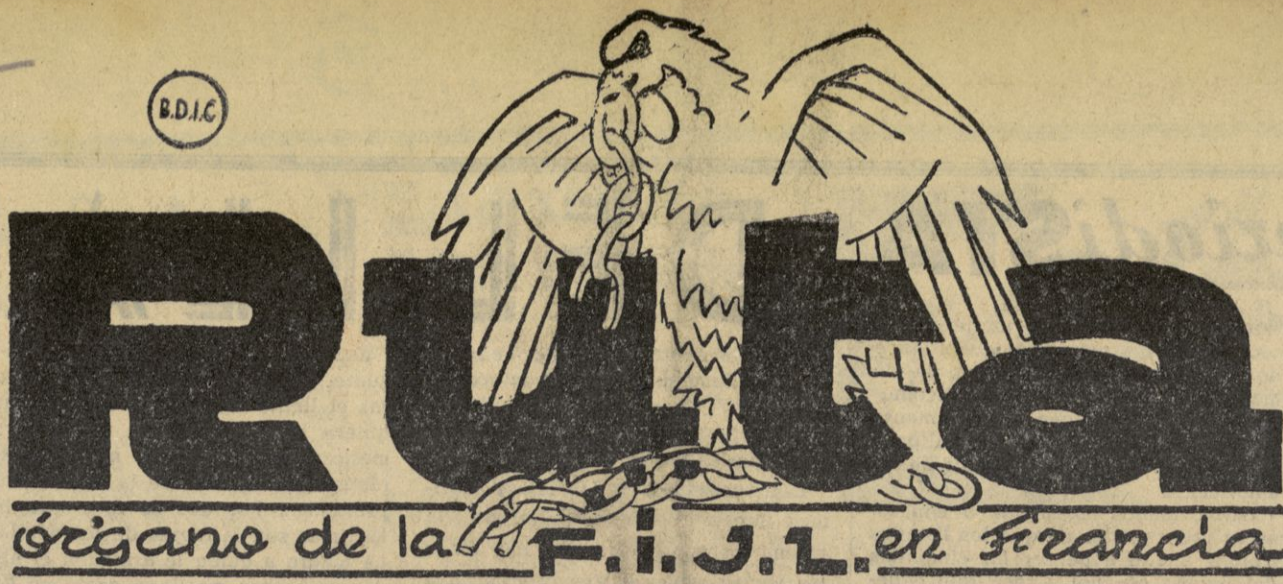


3432



ROUTE, hebdomadaire
De la F. I. J. L. en France

Anné VI Prix 12 frs. N° 222
25 DECEMBRE 1949

Rédaction et Administration
4, rue Belfort, Toulouse (Hte.-Gne.)

Giros a PABLO BENAIGES
C.C. Postal n° 1328-79 TOULOUSE (Hte.-Gne.)

Los espesos muros de los presidios hispanos guardan codiciosamente a un puñado de libertarios condenados a muerte.

La orgía de sangre que en 1936 inició el fascismo en España continúa.

La vida de los obreros carece de valor para el dictador ibérico.

España, la España negra, debe sucumbir a manos de la Revolución.

¡Ayudemos a la resistencia!

Editorial

Amnistia Y LA Represión FRANQUISTAS

En España no se suceden las represiones: se mantiene con toda intensidad la represión que el fascismo inició el 18 de julio de 1936 contra el proletariado español. Cada día, cada hora que pasa, la represión hace su obra.

En los primeros días de la sublevación fascista se detenía, se apaleaba y asesinaba a los trabajadores, de la misma forma que hoy y exactamente igual que en el transcurso de los trece años de vida del fascismo español.

La represión en España es, además de un problema de vida o muerte para el fascismo, el resultado lógico del sadismo de Falange.

En las cárceles y en los penales de la Iberia fascista hay miles de trabajadores que ignoran los motivos de su encarcelamiento. Una denuncia anónima, hoy como ayer, conduce al denunciado a la cárcel. La policía no tiene necesidad de excusa para detener: detiene porque le parece, porque sospecha, porque pudiera ser... Y en los procesos—cuando se celebran—el acta de acusación aparece siempre repleta de datos y hechos que el procesado ha aprendido de memoria en el transcurso de las torturas y apaleamientos sufridos en las jefaturas de policía.

Cuando un judas, uniformado o no, pretende conducir ante el piquete de ejecución a un hombre, puede hacerlo, como en el caso de Gabriel Cruz, torturándolo hasta hacerle perder sus facultades mentales si no quiere aceptar las acusaciones que los esbirros de Franco le hacen capiosamente.

La Prensa francesa de la ps-

Órgano de la F.I.J.L. en Francia

Escos de Yanquilandia

LA HUELGA DEL ACERO

La huelga del acero se solucionó con una «victoria» nominal para el obrero. Estos consiguieron un mínimo de 60 dólares y un máximo de 100 dólares de pensión al mes al cumplir los 65 años de edad y después de haber trabajado para la misma empresa 15 y 25 años consecutivos. Las empresas pondrán la diferencia que existe entre el haber del seguro social ya existente y la pensión obtenida ahora. Si el seguro social alcanza actualmente a unos 40 dólares mensuales, las empresas pondrán el resto. Pero para ello han exigido que el obrero pague el dos y medio por ciento sobre el uno que paga ahora al seguro social. Cuanto mayor sea el haber del seguro social, menos tienen que pagar las Compañías. Este seguro está sujeto a los contratos anuales con la Unión, y es seguro que tratarán de abolirlo o librarse de él a la primera ocasión. Los magnates del acero ya subieron el precio a sus metales y quien paga estas ventajas es el productor-consumidor. Es una ventaja basada en robarnos a nosotros mismos pues mientras exista la burguesía y su protector el Estado, no tenemos más remedio que mantenerlos en goce y regala.

Los obreros consiguieron también una especie de hospitalización, que expira con el contrato anual, y la cual está basada en 70 días de hospitalización para él y su mujer e hijos menores de 18 años—7 dólares por día—, y 26 semanas de Montepío a razón de 26 dólares por semana.

LA HUELGA DEL CARBÓN

Los mineros consiguieron el verano de 1948 una pensión similar a la de los aceros, con la diferencia de que no es obligado echar los 20 ó 25 años trabajando en la misma empresa, sino en la mina. El fondo de bienestar social es igual al de los aceros. Los barones del carbón aceptaron apartar 20 centavos de cada tonelada que saliera de la mina, contribución que iba destinada al fondo social para la pensión y la hospitalización, etc. Pero el dinero de este fondo—150 millones de dólares en cosa de un año—se agotó en pensiones y en la mala administración, ya que una gran parte del dinero se pagó a las manos de sus administradores. Lewis, presidente de los 400.000 mineros que gobierna dictatorial-

Don Nadie

De ahí que nosotros, los hombres de la libertad, tengamos que combatir a ambas tiranías por igual. Y lo más lamentable del caso es que no sólo tenemos que luchar contra la religión, el capitalismo y el Estado, sino que tenemos que enfrentarnos con nuestros hermanos de clase; los obreros organizados.

En este país existió una lucha de clases cuando fueron ahorcados cinco hombres en Chicago por luchar por la jornada de ocho horas de trabajo. Mas desde aquella memorable fecha a nuestros días, el país desarrolló su industria, se elevó el «standard» de vida, el obrero se aburguesó y abandonó su destino en manos de los políticos y de sus jefes burgueses. Y ha de tardar bastante antes que despierte a las reivindicaciones humanas.

El tópico de que los ácratas debemos introducirnos en el seno de las organizaciones obreras a fin de impregnarlas de nuestros principios, va pasando de moda, igual que las murallas chinas, la línea Maginot, las guerrillas... No sólo corremos el riesgo de ser absorbidos por la corrupción de las mismas acomodándonos a su dulce y ocioso vivir desde sus puestos representativos, sino que ya se es expulsado de ellas tan pronto nuestra voz y nuestra acción entran en conflicto con sus reglamentos, con sus leyes y reglas, con el mandato dictatorial de sus jefes totalitarios. La burguesía en Yanquilandia puede estar tranquila, ya que cuenta con vigilantes de sus intereses en las filas del proletariado, que debiera ser su eterno enemigo.

No tendremos más remedio que crear nuestros propios organismos, al margen de todos los enemigos de la libertad, a fin de atraer hacia ellos a cuantos se vayan convenciendo que el camino de la libertad está en las organizaciones o asociaciones de carácter revolucionario: en el Comunismo Libertario.

EL RADICALISMO EN LAS UNIONES OBRERAS

En la convención del Congreso de Organizaciones Industriales (C.I.O.) celebrada recientemente en Cleveland, el presidente del mismo, Philip Murray, ordenó la expulsión de todos los Sindicatos de extrema izquierda, acusándolos de comunistas. Nada diríamos si se tratara de tales sujetos, pues quien no cree en la libertad no tiene derecho a militar en un organismo de avance social; pero se trata de expulsar de la organización obrera a todos los liberales que no comulgan con reglamentos ni tácticas burgueses y reaccionarios. Es lamentable que no se haga distinción entre los comunistas, que son reaccionarios en grado superlativo, y los liberales que no quieren saber nada de fascismo o comunismo.

Tanto la Prensa burguesa de aquí como los reaccionarios jefes obreros tildan a comunistas autoritarios a todos aquellos que luchan por un átomo de libertad para la clase oprimida y humilde. Y para los comunistas autoritarios, todo aquel que no comulga con sus ruedas de molino es fascista.

LOS CURACAS

Por Angel Samblancat

La conquista del Tahuantinsuyo (Birú, Pirú, Perú) no es menos instructiva y alfabetizadora que la de Méjico. Por supuesto, no para los tontaines y vainas que escriben historias y chinerías, tonterías que se hacen el tontí y el loqui para ir tirando de la rifa y el único gordo que en España queda, que es el de Navidad.

Historiadores y héroes de pega le han suprimido en sus libros de caballerías la voz y el huelgo a Juan de las Viñas, como los políticos la voz y el voto. Y nuestro deber es irselos restituyendo a plumada limpia, ya que de hacer eso a cachetada de jabón y que saque jabón, no somos capaces.

Cortés, el mal estudiante de Salamanca, derrocó el imperio azteca, apoyándose en una federación de tribus—tlascaltecas, totonacas y otomías—, violenta e irracionalmente alzadas—santa ira!—contra el dominador despótico de la vigésimocuarta dinastía tejana.

Ciento cincuenta mil tlascaltecas—y no los cuatrocientos pelanús peninsulares de Hernán Cortés, más muertos de hambre que nosotros—fueron los que tomaron a Tenochtitlán. Y la furia de los sitiadores autóctonos era tan epléptica, que los invasores tuvieron que mandar guardias a las puertas de la ciudad en aflicción para proteger la fuga de los vencidos. Aun así, más de cincuenta mil vejestorios, mamantones y greñudas fueron implacablemente degollados por los jaguares de Tlascalá, que se les tiraban ferozmente al cuello a morderles la yugular.

Las tribus mejicanas habían superado la Edad de la Piedra Nueva y vivían en un estado de civilización prearabico o preinuita. Los neolíticos integrales, como Franco, eran los caribes. En el Perú se andaba por las garrochas del caldeísmo y el babilonismo, con virgenes del Sol tan liliatas y letaniales como yo, como mi abuela o como una clienta que yo tuve, que había perdido el teo de cebolla de la integridad tras de una tapia.

Pizarro no sabía leer ni escribir como Peman, gran lama o lame de los linguamagos de nuestra Academia: le ponían los secretarios la rirma sobre unos garabatos que el pergenaba, como con el espadero. Era hijo de ganancia o basurdo de un capitán de Tercois, que tuvo identificada sucesión de seis o siete mujeres, de tan alto linaje como una criada suya, a la que también levanto una ampolla, que le reventó ya en la nariz. De la descendencia no conocida o reconocida de esa bestia salvaje guardan silencio piadoso las crónicas. De pariguales de ese debe de ser la cecina de burro montés, que me asegura Camín venden por los alreedores de San Juanico.

A Paco el bravo, habido en una patana de las que se mocan con el delantal, y ni ahí les cabe el agua de seso que destilan sus narinas, lo destinó el padre a pastor de sus piaras de cnanchos de lengua vulgar. Los latinos cerraban por otras Ubedas. Los hicaigos las gastaban así con los hidgeigaos. Y aun tenían la pretensión de pasar por Quijotes! Maia centella los fenda!, como dicen los gallegos.

En el Tahuantinsuyo—el imperio de las Puertas Doradas o de los Cuatro Horizontes—cortaban el bacalao los curacas. Nosotros tenemos cada «curaca» también como un cimborrio y que de un hisopazo parte una viga.

Aymarás y quechuas estaban reducidos ni a la sopa por la casta del privilegio incaico. Y eran tan infelices, que ni sobre el nombre de esos pueblos hay unanimidad entre los narradores de consejas y cuentos para avestruces de la Conquista. Unos llaman a los aymarás aymarás, y otros quechuas a los quechuas.

Un comunismo de Estado a la benedictina sin «benedictine» y a la bolchevica, se gaba el resuello al indio del Cuzco. Ni los cadáveres eran dueños de la tierra, en que se los comían gusanos. La oligarquía militar y sacerdotal curaca empuñaba el basto en el imperio; con un divino panzurrón por pelele, como Justiniano, de cualquier cómica Teodora.

Del maíz que cosechaba el yamacona (cultivador) se hacían tres partes. Una se la llevaba el cura o chamán; otra el curaca (milico), y sólo la última (el troncho y el pelo y las hojas de la planta) se le abandonaba al siervo de la gleba, mucho menos feliz que un ciervo de Zoo. Los orejones—funcionarios así llamados a causa de los largos pendientes, que les colgaban del abanico de las orejas—eran los encargados de hacer la lastimable distribución staliniana.

Así a nadie, que no sea idiota de oficio, puede sorprender que una pandilla de perdidos y desertores del trabajo y de galeras, de no más de cien unidades vecinas del cero, derrotasen en Cajamarca a un ejército de 30.000 indigenas bien formados y uniformados: labereros, honderos y maceros. El uniforme consistía en la propia piel, tatuada y pintada de los más alegres colores.

Esa hueste de naturales y naturalistas, a la que se desnutría a tortillazo de maíz que no te pinta quince, no fue realmente vencida, porque no peleó. Lo que hizo fue declarar la huelga de trancas caídas y entregar al extranjero al emperador Atabaliba, con su porcina corte de malos hijos del Sol.

Los 170 gavilleros que capitaneaba el porquero de Trujillo se repartieron, como consecuencia de la «debácle» imperial y el consiguiente saqueo de templos y palacios, lotes de oro hasta de 40.000 castellanos por barba. Aquí habla, por lo menos, algo más que tajejo de manatí que roer.

Toda la orquesta de Pizarro volvió rica a Extremadura, a reirse de los yunteros, que ahí ni de biota les dejaban los frailes de Guadalupe. Los que se fincarón en el país conquistado, apropiáronse encomiendas y haciendas ilimitadas, con repartos de indios e indias, que hicieron de cada uno de ellos un Gran Turco, sin solimán que le diese nadie.

De la revolución murriescas, que había hecho el pueblo, clavando en el barro ballestas y picas, aprovecharon unas gitanescas desaharrapadas, improvisadas quitritas. Y a partir de la pachanga española, los animales de vista baja, que pastoreaba Pizarro en la dehesa natal, fueron más dichosos que los pobres, a quienes no se dejó ni un puñado de estiércol de llama para calentarse.

¿Que no ocurriría en la UNION SOVIETICA?

Nuevamente las gaceticillas de la burguesía apelan a los sentimientos innatos de justicia y de libertad de los hombres recurriendo a los datos que obtienen de Rusia. Para indisponer al mundo todo contra aquella aislada parte del mundo, a todos los hombres contra aquellos hombres. Disposiciones y juicios sumarios en que son abatidos altos jefes y personajes representativos, en su natural elevación y caída burocrática, son tomados al vuelo, zarandeados y esparcidos para ejemplar escándalo. Es la típica información burguesa, intencionalmente fragmentaria y tendenciosa. La malevolencia dirigida y disciplinada. Aunque, también, la verdad.

Como siempre, quedamos nosotros fuera de esta ruín fricción de las rivalidades del Poder. Más allá del alcance de la insidia y el rencor despatchado, la sordidez tramposa y calumniadora. No hay aquí imposibles y malévolas confusiones. Los agentes serviles (a sueldo, de una u otra parte, de los gobiernos) carecen de todo derecho para llamar a las puertas del pueblo requiriendo justicia, que niegan, ni apelando a una libertad que escarrecen. Simples matices o maneras exteriormente apenas distintas unas de otras no bastan para contraponer, como si fueran expresiones reales del bien y del mal, unos sistemas de gobierno a otros ni pueden ser tampoco considerados como estímulos suficientes para una formación razonable de bloques de feroz antagonismo. Una misma es la condición fundamental que caracteriza siempre a todos los Estados, y el sistema político circunstancial por el cual ejercen legalmente el poder es consecuencia, no con su propia idiosincrasia, sino con las necesidades (es decir, con las resistencias) que deben vencer.

¿Cómo contraponer así unos a otros los distintos Estados, para una selección de la que pueda surgir lo mejor? ¿En qué Estado es posible hallar lo plausible? Lo malo debe ser superado. Pero esta superación no será nunca lograda con el arbitrio manido del mal menor, porque el mal es

siempre mal y menor sólo es la apreciación.

Los gaceticillos no analizan, ni aclaran, ni obran por una necesidad personal, por propio sentimiento de equidad, ecuanimidad ni humanidad. Inundan el mundo con infundios terribles completamente desaprensivos e indiferentes. Lo hacen porque les pagan. Son miserables turiferarios en el templo del Poder, sin valor para gritar la verdad, si la distinguiéran, y sin dignidad para rehusarse al engaño, si lo viese. Tal los informantes de los pueblos. Les pagan, simplemente para escribir; y escriben. Para mentir; y mienten. Para envenenar, y envenenan. Hablan de todo lo que pasa fuera del predio del Señor de los dineros, a quien se alquilar; y cobran para callar lo que dentro ocurra, que adulan.

(Pasa a la segunda).

LA PLEGARIA

Por Alberto Carsi

Un famoso literato francés publicó dos libros admirables recién pasada la terrible tormenta de 1914-1918. Para enseñar objetivamente conductas y hechos muy frecuentes en aquella época, creó un personaje capaz de incorporarse al momento histórico e intervenir en los innumerables episodios que constituye la acción viva, humana, y emocionante de dichos libros.

El referido personaje era un cura hijo del pueblo; un hombre modesto y comprensivo, que amaba y ayudaba a las clases humildes considerándolas hermanas suyas en sufrimientos y privaciones. Había pasado toda la duración de aquella guerra en las primeras líneas, y su compañero inseparable era su perro, el que prestó valiosos servicios a él y a otros, durante el largo plazo de privaciones y martirios, por los que, mil veces mezcló su sangre con la de los hombres, generosa y noblemente, como un héroe más.

Con su amo el cura, volvió a su casa el perro, y allí, un amor nacido al conjuro del sacrificio y la constancia alimentaba su placentera convivencia. Pero, un día desgraciado, el automóvil de un orgulloso personaje, amigo además de las más altas jerarquías de la Iglesia, atropelló al perro, dejándolo destrozado frente mismo de la puerta de la casa que había sido la ilusión y el asilo del hombre y del animal en su vivir sufrido y austero. El hombre, tuvo palabras de reproche para el personaje atropellador, y fue-

go, resignado, abrió un fosa en un ángulo del jardín donde depositó el cuerpo del perro. Acompañaban al hombre algunos vecinos conmovidos, en este momento, y antes de cubrir de tierra a la víctima del orgullo, sintió aquí la necesidad imperiosa de pronunciar las palabras de despedida que tratamos de traducir a continuación las que tuvieron la rara consecuencia de ser conocidas por las mencionadas altas jerarquías, las cuales le desistieron, alegando, que las órdenes sagradas no estaban hechas para acompañar perros a la tumba.

Fué esta, poco o más menos, la plegaria del perro atropellado:

« Perro muerto bajo las ruedas indiferentes de un vehículo orgulloso. Perro más amigo de los hombres que los hombres mismos entre sí, porque no te mueven las pasiones, porque solo te mueve el instinto en favor y defensa de todo ser que vive. Perro sabio y bueno luchaste en la guerra del Progreso y la Libertad y mezclaste tu sangre con la sangre de los hombres, confundiendo ambas sin diferencia alguna. La vanidad no te tuvo en cuenta, te aplastó, te trituró, no viéndote en ti la alegría, el saludo generoso de un amigo que abre su corazón ante su amigo sin reserva alguna y está siempre dispuesto a sacrificarse por él. No en vano dijo un autor, que, cuanto más conocía a los hombres cuanto más conocía a los hombres inmóvil, mereces que otro alguien te reivindicque y te honre. Eres digno que

LLORAN Las Madres

Sonaron los clarines en formación. Hay mucha gente en la calle. Pasa la tropa. Los balcones están adornados de banderas, guirnaldas y flores. Pasa el dictador. Pasa la tiranía. Aplausos. Vitores. El Pueblo? Calla y sufre. Es estoico...

Vuelven a sonar los clarines. Las columnas de la Prensa anuncian en grandes titulares las últimas noticias del día. Se matan los hombres. Los hijos del Pueblo se aprestan a las armas. Lloran las madres. Antes, estas mismas madres se opusieron a otra acción de verdadera moral. No es lo mismo...

No dan sus hijos: se los llevan... Lloran las madres! Gimen. De sus dilatados ojos caen abundantes lágrimas. Antes hicieron resistencia a lo que pudo haber evitado esta despedida. Cuántos de los que marchan no volverán!

Hijo mío!... Madre querida!... Palpa, no ve. Está ciego. La explosión de un obús le comió los ojos. Es la recompensa hallada. Qué hiciste, madre? Qué hicieron!

Cesó de retumbar el cañón... Y ahora?... Pasa la tropa que regresa de los frentes, cargada de honores y trofeos. Pasa una caravana grande, fantástica, inmensa, de desgraciados, de inútiles. Carne agüerada, machacada y en estado de lástima! Son los restos que quedan.

Voltean las campanas de todas las iglesias en señal de júbilo. La mor alda ha cesado. No! Continúa. Es un pequeño descanso; pequeño y figurado. La guerra sigue su curso. No hay solución posible. Lloran las madres!

Armas! Armas! Las mejores los libros. Armas! Mortíferas? Ninguna. Negación absoluta a fabricarlas. Si son los hombres. Están en los hombres. En sus manos están. Destruídas!

Qué ocurre allí? Tumulto, escándalo... Carga de los que no trabajan. De los acharolados con botones brillantes. Detenciones, apaleamientos. Sangre. La guerra no ha terminado.

En los periódicos, acusaciones, delaciones... Es el mendrugito de pan! El servilismo con sus características habituales... Dignidad profesional? Cinco pesetas.

Sentencia: pena de muerte, presidio, treinta años. El dictador se regocija, se recrea y firma. Aquella perturbación fué originada por abandono de los tres metros cuadrados. Hay que dar ejemplo. El Pueblo? Hambre!

Acaba de robar un pan. Yo le he visto, yo. Es un gandul, un vago profesional. No hay quien le haga trabajar. Alborota a la vecindad con sus intervenciones. No hay quien le sujete. Incita siempre a la rebeldía. Encerradle. Es un peligro para el orden. Llama asesinos a los protectores de las leyes y buenas costumbres. Es un perturbado... Al manicomio con él!

Llamada otra vez. Lloran las madres! Ruido de motores por el aire. La tropa está en línea de combate. Por los balcones, nadie. Todos están cerrados. Es día de luto. Es día de la muerte. Lloran las madres! Los hombres? Muñecos del más fuerte.

Ríos de sangre circundan los campos. Los ayes de dolor se multiplican. Humo y metralla. Los cuatro jinetes del Apocalipsis galopan. Lloran las madres!

Y allá, entre dos luces, poco a poco empieza a resplandecer la aurora. Allí, entre dos colinas de encendidos diamantes, avanza la gran figura de la Libertad con una antorcha encendida, anunciando el final de las guerras. Lloran las madres, de alegría, de regocijo, de entusiasmo sin fin!

Los dólares americanos son la última esperanza del verdugo hispano

ESPERANZAS FRANQUISTAS

Bilbao, 10 diciembre (OPE). — Dice La Gaceta del Norte del día 8, en crónica de su corresponsal en Madrid:

«Vuelven a hacerse cábalas optimistas sobre la posibilidad de que los norteamericanos intenten de nuevo la formalización de algunas importantes operaciones de crédito en favor de España, y se dice que existen proposiciones concretas a base de cien millones de dólares anuales.»

MINGO



PROBLEMAS DEL EVOLUCIONISMO

POR RENÉE LAMBERET

(Continuación)

La vida del hombre sobre la tierra, bien que ésta sea "posible" desde la época terciaria en la que existían monos antropoides, caracteriza la era cuaternaria. Desde el principio de la cuaternaria, unos seres mitad hombres, mitad monos, el pitecantropo de Java, el sinantropo de China, el africitropo de África, demuestran que una humanidad primitiva se ha desdoblado en los monos (gibones), en Asia o en África. Este paso, sin duda insensible, es caracterizado por el detenimiento del desarrollo, el retraso y en la lentitud del desarrollo del cerebro, inacabado en el hombre al nacimiento (de 300 gramos en el recién nacido alcanza un peso aproximativo de 1.400 gramos mientras que en los monos antropoides va de lo simple al doble); la largueza de la adolescencia permite en el hombre almacenar unas imágenes y desarrollar la potencia de abstracción. Ese desarrollo de la especie humana ha dado unas formas muy variadas, el hombre ha ocupado casi todas las tierras habitables; actualmente, las pequeñas razas desaparecen se unas tras las otras; el europeo se generaliza, lo que parece anunciar un detenimiento en la variedad de la especie humana. Así el hombre no es más que una de las numerosas ramas de esta evolución de los seres en la superficie del globo, actualmente el más perfeccionado.

Principios y factores de la evolución

El sabio francés Cuénot, destaca de la manera siguiente el sentido de esta evolución, que es la de la vida sobre la tierra: "Ella aparece como un esfuerzo de invención de mecanismos diversos, a menudo como una marcha hacia el progreso orgánico y psíquico, sobre todo como una expansión conquistando la vida, que parece interrumpida por la intervención del hombre, destructor encarnado de los equilibrios seculares. De más en más aparece la insuficiencia explicativa de las teorías de la evolución que han sido expuestas hasta aquí: la Naturaleza, mezcla singular de composuras maravillosas, de mecanismos intilmente complicados, de bellezas y de miserias, rompe todos los marcos en los cuales se pretende encerrarla, lo mismo el de una construcción lógica que el de la pura contingencia." (Génesis de las especies animales).

Estas constataciones demuestran la dificultad del problema y la prudencia con la cual se debe abordar. No obstante, algunas grandes leyes pueden ser desprendidas:

1. — La evolución se hace de lo simple a lo complejo; los tipos los más complicados derivan de tipos más simples, los invertebrados han venido antes que los vertebrados y entre esos últimos la evolución se hace de los peces a los batracianos, a los reptiles, a los pájaros y a los mamíferos.

2. — Cada grupo tiene unas formas ancestrales de las cuales deriva, los rumbantes de los pre-rumbantes, el nombre actual de unas especies menos evolucionadas.

La paleontología ha hallado un cierto número de formas intermedias, que demuestran esta evolución; la más célebre, el arquetopitex, derivando del reptil por sus dientes, sus dedos; anuncia el pájaro por sus alas y sus plumas. Hasta es posible seguir toda una serie de los antepasados del caballo, del elefante de algunas conchas cuya conservación de las formas ha sido asegurada. El antepasado del mamífero es el reptil cónodont; este salto de una clase a otra se hace por la sustitución gradual de los caracteres del grupo a venir a los del grupo precedente. La anatomía comparada, la química orgánica, la embriología, confirman esta tesis del evolucionismo y dan al Universo un carácter de unidad.

Los puntos siguientes de esta evolución pueden ser precisados:

1) Los seres vivientes no parecen derivar de un solo tronco, sino de diversas especies que se han desarrollado de una manera autónoma.

2) Cada serie se desarrolla de una manera muy análoga a la de un ser viviente. Esta serie tiene al principio algunas formas simples, poco especializadas, de textura reducida, pocos individuos, pocas especies. Luego aparecen unas formas mayores y más especializadas, unas numerosas especies difíciles de distinguir las unas de las otras, muchas variaciones individuales. Estas especies conquistaban todos los medios posibles; pero algunas series se extinguen, unas y

otras persisten sin variar; luego sobreviene el declive, la variedad se detiene, el "potencial de evolución" parece agotado; algunos tipos subsisten como testimonios; es la senectud. Esa extinción de las series se explica actualmente por la teoría siguiente: por el agotamiento de la cromatina hereditaria, substancia contenida en el interior de las células que permite la transmisión y la variación de los caracteres específicos. Así la extinción de un grupo sería un fenómeno normal, independiente de circunstancias exteriores a la especie o al individuo; la ley general de la vida conduciendo a la muerte de la especie o del individuo; la evolución sería, pues, de carácter idéntico en uno como en otro.

3) ¿Es que esta evolución se hace en una dirección?

Según numerosas observaciones, el desarrollo de una serie se hace en un sentido, como en línea recta, sin desviación hasta su extremo límite: es un ortogénesis, que en la mayoría del tiempo es progresiva, como el desarrollo de la textura (estatura) en los mamíferos o en las conchas, que puede ir hasta una complicación enojosa o embarazosa, como el desarrollo de los cuernos del gran ciervo de las hornagueras, de los dientes en forma de puñal; de los picos cruzados o entrecruzados; también puede ser regresiva, como la desaparición de los dedos en los animales o de los miembros posteriores en los cetáceos. En general, las formas simples y medias persisten, mientras que las formas demasiado complicadas anuncian la desaparición de una especie. Pero en todos los casos, la naturaleza no vuelve atrás: una evolución empezada en un sentido no se detiene y se desarrolla en el mismo sentido hasta su extremo límite.

4) Los grupos no evolucionan en general en el mismo lugar, en un punto determinado de la tierra, pero sí a través de las emigraciones que los han repartido en diversos continentes.

5) Lentitud, evolución y revolución. (Continuación)



Entre las obras de arte cuya paternidad es atribuida a Alfonso el Africano se encuentra, además de don Juan, don Jaime.

Don Jaime de Borbón tenía que suceder en el trono a su digno padre (digno del hijo, se sobreentiende), pero era sordo y mudo.

Un rey que no pudiera decir sandeces y escuchar estupideces, no podía ser un buen rey. Y don Jaime tuvo que abdicar.

Don Juan fué el beneficiario, teórico, de la enfermedad de su hermano, y se aprestaba a suceder a su digno padre cuando se desmoronó el trono.

Don Juan puso el grito en el cielo; don Jaime no dijo nada (?). Tras Alfonso el del mal número, abandonaron España.

Don Alfonso ahogó sus penas pegando a los fotógrafos en los cabarets de moda. Don Juan esperó su hora. Y don Jaime no dijo nada.

Pero, héte aquí que a don Jaime se le destapan los oídos y se le desata la lengua. El milagro se ha cumplido.

Y por si fuera poco con uno, ahora tenemos dos reyes de España. Dos reyes que aspiran al trono que en buen día quemó el Pueblo.

El mundo ya no es mudo. Don Juan dice que no es mudo. Don Juan dice que no es mudo. Don Juan dice que no es mudo. Don Juan dice que no es mudo.

Porque el peligro existe, y tratándose de muñecos de paja, al verdugo de España lo mismo le da que se llame Juan... o Jaime.

Bonito panorama! Don Juan y don Jaime frente a frente; la duquesa de Valencia, de lado; los de-

...Y TODOS... Y TODOS tomando café

Así, con esta parodia generalizada del vicio encantador, debe empezar esta misiva neoyorkina sobre el café. Porque aunque la letra original de la famosa canción «Ay, mamá Inés» sea de autor cubano y amigo, el sobroso grano torrado se consume en todo el mundo, por lo que representa un factor económico, político y psicológico de importancia internacional. No debemos olvidar que porque Inglaterra subió los impuestos del té en su colonia norteamericana, ésta se transformó en los Estados Unidos de hoy.

La escasez del café, o su encarecimiento, es capaz de provocar reacciones reaccionarias en la población estadounidense?

Esta pregunta la hice a muchos amigos y amigos; en general, no creen que el asunto del café pueda tener repercusiones de ninguna índole; la gente pagará más caro el café, como paga más caro una multitud de cosas... y aquí paz, y después gloria!

No sé hasta qué punto les asista la razón a esos optimistas. En Estados Unidos hubo cambios psicológicos hondos después de la última guerra, a causa de ella; actualmente se producen otros cambios, también profundos motivados por la franca propagación de la tercera gran guerra mundial. La minoría que desea entender de lo que antes despreciaba, ignoraba que existiera o consideraba fuera de sus alcances, cada día es más numerosa e inquieta. Las páginas de política internacional, las conferencias radiales sobre lo que pasa en el mundo, y las informaciones financieras locales y extranjeras, ya no son bocados de sábitas especializadas; los debates de las Naciones Unidas, por ejemplo, se siguen en los lugares más opuestos del país, por elementos humanos totalmente distintos. La inquietud ha vuelto curioso al pueblo norteamericano, y más todavía desde que sabe que la bomba atómica también le puede caer a él.

Todo esto disminuye las afirmaciones sonrientes de quienes creen que «el asunto del café» no tiene ninguna importancia.

Debe tener alguna importancia el asunto del café, cuando se le consultan tantas páginas de revistas y tantas columnas de periódicos. En Washington le llaman «el mito del café», pero tratan de explicarlo hasta los expertos del Departamento de Comercio, quienes declaran que las condiciones generales de la producción mundial de café no han sido y no serán durante algunos años lo juiciosas que se esperaba y desaba teniendo en cuenta el aumento del consumo. Aunque esto sea oficial y verdadero, no explica el pánico de las amas de casa ante la perspectiva de faltar el café, ni la ascensión del producto de 51 centavos a 75 en una semana. La historia del «gran mito del café» o del «asunto del café» es esta:

Primero. En nueve meses entraron a este país 2.100 millones de libras de café.

Segundo. Durante todo el año pa-

sado se desembarcaron un millón menos, a pesar de lo cual se consideró a 1948 como el año que había batido el récord de la importación de café. Tercero. Este exceso de café no puede ser el motivo del pánico y del aumento del precio que logró hacer salir de los bolsillos de los norteamericanos, en una semana, la suma de 90 millones de dólares.

Alejandro SUX

Cuarto. Georges Dudick, uno de los expertos en comida del Departamento de Comercio, declara que «si las amas de casa se abstienen de comprar café durante una semana o, mejor aún, un mes, los precios bajarán».

Quinto. Esta declaración se inserta en un largo artículo escondido en una página casi totalmente desbordada por un anuncio, de manera que se enteraron las personas que se enteraron del consejo... y los precios seguirán subiendo, y el exceso de café almacenado en las alacenas caseras... que es de lo que se trata.

Cómo se logró crear el gran mito del café? De esta manera:

En Sao Paulo (Brasil), un publicista envió una noticia a un colega de Rio de Janeiro, jefe de una agencia de propaganda de los cocheros de café. Decía que si la sequía persistía, la co-

secha de café sería pésima. Una agencia informativa norteamericana cambió la noticia proporcionada en Rio de Janeiro; un gran cotidiano financiero diario le hicieron eco... y ya está! Noventa millones de dólares produjo esa inocente noticia-trampolín, que aun pagada a 50.000 dólares por cabeza a los tres iniciadores y propulsores de ella (se simple suposición personal) dejó beneficios tan suculentos a todos los que trafican con el café, que hoy nos dice una revista, muy seria de Washington que los acreedores de Estados Unidos en Brasil están felices por la entrada de dólares. Lo están también en Guatemala, que sigue a Colombia. Y en África, donde la producción ha subido en un setenta y cinco por ciento desde que terminaron las hostilidades militares de la segunda guerra mundial!

Estados Unidos consume el setenta y cinco por ciento de la producción cafetera mundial; cada norteamericano contribuye a tal resultado consumiendo 19 libras por año desde 1948. Alguien asegura que el café es uno de los culpables de que haya tantas muertes del corazón en este país... Es imposible que sea verdad: hay demasiados intereses comerciales perfunctados con el aroma del rojo grano del café! Es como decir que son culpables de los millones que mueren en las guerras los honestos y patriotas fabricantes de armas y municiones...

LOS HOMBRES BESTIAS

El filósofo neocínico Psicodoro caminaba por un extraño país, como de ensueño. Después de haber franqueado un estrecho istmo, encontróse al pie de una alta y almenada muralla que interceptaba la entrada a la ciudad objeto de sus anhelos inquiridores. Dirigióse hacia la única puerta que daba acceso a la metrópolis, ya iba a franquearla, decidido, cuando unos guardias, armados hasta los dientes, interrogáronle:

—Hombre, eres del país?... Los extranjeros tienen prohibida la entrada.

El filósofo, riéndose, contestó:

—Yo tengo libre el paso por todas partes... Soy un perro. Los guardias se rieron, debido, sin duda, a la sencilla jovialidad del filósofo, y como si hubiese pronunciado un santo y seña, dejóronle libre.

Caminó unos doscientos pasos sin encontrar a nadie. La ciudad se divisaba allá, lejos, y aun las primeras casas de campo encontrábase a regular distancia. En un recodo del camino, una mujer alzó la cabeza y le miró fijamente. Estaba tumbada en una posición extravagante hubiérase dicho tal un perro dormido que se hace un ovillo sobre sí mismo.

Sus ojos estaban provistos de una belleza como plétorica de abnegación y su sonrisa parecía una a modo de temerosa caricia. Dirigióse hacia Psicodoro, andando, al principio, a cuatro patas. Pero, de improviso, su rostro coloreóse de intenso rubor—como el de un sacerdote principiante que, en una ceremonia, olvida un detalle pomposo y ritual—. Irguióse bruscamente y, con voz más sumisa que su actitud primera, dijo:

—Quieres ser mi dueño? —Me bastaría con poder ser amo de mí mismo—replicó Psicodoro, sin detenerse.

Pero ella, obstinada: —Oh!, te ruego que seas mi dueño. Soy muy desgraciada... y tú tienes un aspecto tan bondadoso...

Psicodoro se detuvo. Y sentíase inclinado a acariciar a aquella mujer, suavemente, como se acaricia a un animal doméstico. En tanto, ella repetía: —Mi amo murió. Y era muy malo.

Bajó la voz, y con mirada maliciosa, tal si se tratase de un secreto picaroso, murmuró: —Mi antiguo dueño era un lobo que me mordió.

Psicodoro creyó que esta confesión tenía un sentido metafórico, y dijo: —Es decir, que tu marido era un malvado y te pegaba.

—Me daba algunos golpes desde la hora sexta de la noche. Pero a partir de esta hora hasta la sexta de la noche, me mordía cruelmente.

Psicodoro contestó: —Compadecezo tu pasado infeliz. Pero me regocija tu pre-

sente, puesto que aquel hombre murió.

—No lloro a mi amo fallecido, que era malo—respondió ella—, sino que estoy triste porque carezco de dueño. Tú, que parece bondadoso y amable, sé mi señor.

—Nada puedo hacer por ti, hermosa mujer. Mi corazón permanece fiel a un recuerdo. Además, estoy aquí de paso.

—No eres del país?—prorrumpió ella aterrada—. Desgraciado! Ni siquiera debes conocer los misterios de Pitania...

—Los conoceré si tienes la bondad de ilustrarme—dijo Psicodoro.

Y sentóse al borde de la carretera.

La mujer levantó la vista al cielo y miró, luego, la tierra.

—Ay!—gimió—el sol está muy alto y nuestras sombras son breves. Huyamos hacia mi casa antes de que la hora sexta abra la puerta del misterio bestial.

Psicodoro creyó que aquella mujer estaba loca, pero, a pesar de ello, la siguió. Ella quería correr, pero el filósofo se negaba a acelerar su pausado caminar.

Por instantes iba manifestando la mujer señales de mayor inquietud. Miraba, desesperada, como el sol continuaba elevándose y cómo disminuían las sombras de sus cuerpos.

—Dentro de un minuto—dijo—el sol estará al centro de su carrera.

Y con brusco e imprevisto movimiento lanzóse al cuello de Psicodoro, besando, apasionadamente, los labios del filósofo.

Inmediatamente el cínico creyóse presa de una pesadilla. Antes de que hubiese podido rechazar a la mujer, sintió que las manos que le abrazaban trocábase en patas y que en lugar de unos labios que le besaban estaba lamiéndole la faz una lengua viscosa. Había desaparecido la mujer y en su lugar estaba una perra sumisa y cariñosa.

Colocóse en el suelo y continuó andando, seguido del fiel animal.

De pronto oyó tras sí, cada vez más próximos, estridentes aullidos. La perra huyó, veloz. Volvió el filósofo la cabeza y divisó una manada de lobos que venían hacia él, furiosos. Psicodoro, a duras penas, pudo ponerse a salvo trepando a un árbol.

Una vez en la copa del mismo quedó maravillado. Las fieras venían de aquel lugar de la comarca en donde, excepción hecha de los guardias y de la mujer, no había encontrado ni personas ni animales. Los lobos aullaron obstinadamente durante un rato al pie del árbol, pero, al fin, se alejaron. Tan sólo permaneció allí, vigilándola, durante más de una hora, y lanzando hacia

LOS MESIAS

Todo el mundo espera a un Mesías. Todo el mundo menos los anarquistas.

Los católicos, los budistas, los mahometanos, esperan de su dios respectivo las soluciones necesarias a los problemas que la vida cotidiana les plantea. Cada uno de los intelectuales creyentes que conculgan con una religión, cada uno de los fieles de un Buda cualquiera, busca mitigar los sinsabores que la vida y la sociedad actual le proporcionan, recurriendo a oraciones y rezos cuyo alcance no rebasa los límites de la superstición más malsana.

Los infieles, los que presumen de no creer en ningún Alá, los que se llaman ateos, también tienen su Mesías, si encuadrados en las filas de la política dan vueltas a la noria del Estado.

No es extraño ver a las multitudes electrizadas por la idea de apoyar a un líder, a un Mesías de la política, que todo promete resolverlo a partir del momento en que se asiente en el trono del Estado. No es extraordinario ver a una juventud enfervorizada gritar energicamente: ¡¡¡buenas energías!!! — a causa del triunfo de un tirano, o batirse a tiro limpio en la defensa de un Mesías fracasado ante el altar de las urnas.

Millones de seres humanos han aplaudido a un Churchill, a un Stalin, a un Truman, exactamente igual como otros tantos millones han aplaudido a un Hitler, a un Mussolini o a un Pétaín.

El Mesías, los Mesías, son la causa más trágica de la ignorancia humana. Son el producto del oscurantismo religioso y político. La antitesis del Progreso y de la Libertad.

Mesías era para ciertos rusos Ivan el Terrible, Mesías fue para ciertos españoles Fernando VII y Mesías han sido en el mundo entero los criminales más grandes que registra la historia.

Sin embargo las gentes siguen esperando a un Mesías, siguen creyendo que los problemas humanos dependen de un ser determinado, y siguen acudiendo a los tiranos y, a veces, hasta a las barricadas, para ofrecer un trono de despotismo al ser que ha sabido embucar a las masas y hacer de su fuerza la palanca con la que elevar sus propias ambiciones al nivel de la realidad.

¡Pobre Humanidad!, ¡qué espectáculo más grotesco nos ofrece corriendo tras los Mesías!

Legará un día en que los hombres comprenderán que Mesías son todos y cada uno de los humanos, y que los objetivos a lograr, la libertad integral, solo pueden ser cubiertos por la voluntad y la compenetración de los hombres. Ide todos los hombres!

Los anarquistas han repudiado a los Mesías, siempre pre-fabricados, a la humana, a los que de ella se aprovechan. Han combatido la idea de sumisión en todos sus aspectos. Han pretendido y pretendido desajustar, de los cerebros, ese concepto absurdo que hace de los seres sin personalidad y sin criterio, buscadores de Mesías.

El YO del ser humano, el YO colectivo y fraternal de la Humanidad entera es el único Mesías, el único factor capaz de dar solución a los problemas acuciantes que sobre nosotros pesan.

La valorización de la personalidad humana puede y debe ser la obra a realizar por todos los hombres de conciencia. Frente al fetichismo religioso y político, es necesario elevar nuestro clamor en pro del individuo y de la colectividad humana.

Los "grandes" de la tierra, son los responsables de la miseria, son los opresores, y los "pequeños" serán cómplices de su propia opresión en tanto busquen y rebuquen un Mesías.

Mientras el hombre espere obtener su libertad de manos de la tiranía, mientras mendigue mejoras postrodo ante el Estado, mientras el hombre no mire al hombre como a su igual, será esclavo.

J. Piniado

Hay que destruir los males que sufre la humanidad

Al principio puede parecer extraño que la cuestión del amor y todas las que son conexas preocupan mucho a un gran número de hombres y de mujeres, mientras hay otros problemas más urgentes, sino más importantes, que deberían acaparar toda la atención y toda la actividad de los que buscan el modo de remediar los males que sufre la humanidad.

Encontramos diariamente gentes aplastadas bajo el peso de las instituciones actuales: gentes obligadas a alimentarse malamente y amenzadas a cada instante de caer en la miseria más profunda por falta de trabajo o a consecuencia de una enfermedad; gentes que se hallan en la imposibilidad de criar convenientemente a sus hijos, que mueren a menudo careciendo de los cuidados necesarios; gentes privadas de los beneficios y de los gozos de las artes y de las ciencias; gentes condenadas a pasar su vida sin ser un solo día dueñas de sí mismas, siempre a merced de los patronos o de la policía; gentes para las cuales, el derecho de tener una familia y el derecho de amar es una ironía sangrienta y que, sin embargo, no aceptan los medios que les proponemos para sustraerse a la esclavitud política y económica si antes no sabemos explicarles de qué modo, en una sociedad libertaria, la necesidad de amar hallará su satisfacción y de qué modo comprendemos la organización de la familia.

Naturalmente, esta preocupación se agranda y hace descuidar y a veces, despreciar los demás problemas en personas que tienen resuelto, particularmente, el problema del hambre y que se hallan en situación normal de poder satisfacer las necesidades más imperiosas porque viven en un ambiente de bienestar resuelto.

Este hecho se explica dado el lugar inmenso que ocupa el amor en la vida moral y material del hombre, puesto que en el hogar, en la familia, es donde el hombre gasta la mayor y mejor parte de su vida.

Mientras el hombre sufre sin darse cuenta de los sufrimientos, sin buscar el remedio y sin rebelarse, vive semejante a los brutos, aceptando la vida tal como la encuentra.

Pero desde que comienza a pensar y a comprender que sus males no se deben a insuperables fatalidades naturales, sino a causas humanas, que los hombres pueden destruir, experimenta enseguida una necesidad de perfección y quiere, idealmente — al menos — a gozar de una sociedad en que el dolor haya desaparecido por completo y para siempre.

Esta tendencia es muy útil, ya que impulsa a marchar adelante, pero también se vuelve nociva, si con el pretexto de que no se puede alcanzar la perfección y que es imposible suprimir todos los peligros y defectos, nos aconseja descuidar las realizaciones posibles para continuar en el estado actual.

E. M.

Por HAN RYNER